

EL SONIDO QUE PRODUCE EL ALETEO DE LOS PÁJAROS¹

CAROLINA SILVA LURDUY

Para Andrea y su fuego oculto:
un pequeño pájaro
que aletea en microsegundos
revolotea en su interior
todos los días, mañanas y noches,
sale de bien adentro,
brilla fuerte,
con estupendo plumaje,
sin que ella misma, a veces,
lo note.

I

Al frente de mi casa vivía un árbol. Era un gran árbol de ramas verdes, con tonos tornasolados entre azules y violetas. Una acacia. Sus ramas, a veces, separadas una de la otra, crecían hacia el infinito. Era un árbol que quería llegar hasta las nubes. Verde cetrino, glauco, mezclado con el de un bosque profundo atravesado por un amarillo aureo y añil. Los passeriformes se confundían entre sus ramas: miméticos, andaban entre hoja y hoja, picoteando y aleteando. Muy pocas veces se lograba verlos, solo los distinguía el sonido de sus aleteos, el sonido del viento que pegaba con sus alas.

El árbol quería crecer grande y ancho y se extendió por el andén con sus orgánicas ramificaciones hacia las alturas. Se confundió con el ramaje de los cables de la ciudad y se hizo un habitante más en ella. Quería abarcar el espacio, ocupar lo que le pertenecía en el lugar donde se destinó a crecer. Hacer su plaza en la naturaleza.

Me acompañó durante nueve años, fue mi amigo y mi cómplice. Me vio desnuda. Todas las mañanas caminaba entre sus ramas, me acurrucaba a verlo y dejaba mis escamas: mi piel; entre su tronco corrugado y carrasposo: su piel. De sus bifurcaciones venían sonidos pequeños: trinos y revoloteos. Si me levantaba temprano aún en la oscuridad sin prender las luces, podía escuchar con mayor claridad los sonidos de diferentes voces que venían de su interior, un lenguaje indescifrable lleno de lozanía de sí mismo.

Habitaban cada una de sus brácteas, pequeños filamentos entre rojos y pardos que se confundían con el plumaje de una flor o de las aves. Dentro de mi boca se metían sus trinos, entonces, cada mañana cantaba yo también, acompañándolo, ciertas veces con mi tarareo y mi ukelele. A veces, al

¹ Ensayo narrativo III, propuesta ganadora de la Beca en escritura sobre Artes Plásticas-Programación Red Galería Santa Fé. Escrito a propósito de la exposición Horizontes Refractados, categoría: Sala Alterna- 2020.

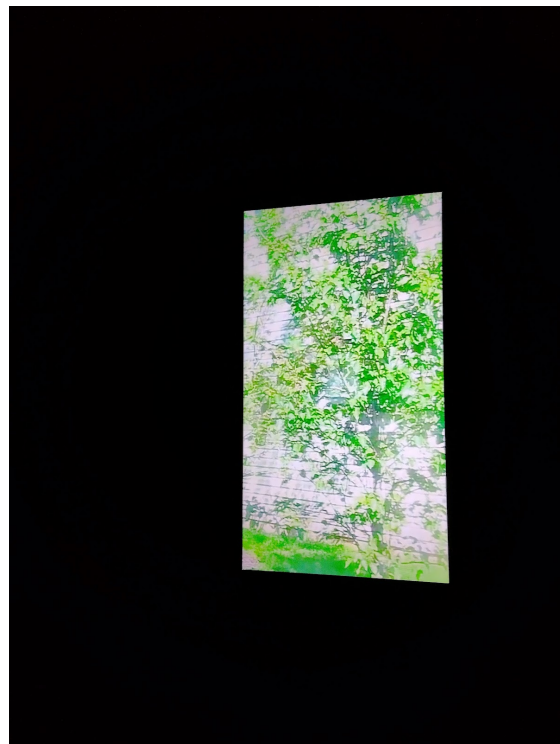
amanecer nos volvíamos uno solo, un solo canto, un solo silbido o rumor que hacía eco entre los demás arbustos. Otras veces, solo callábamos, teníamos que hacerlo porque el brumoso ruido de la ciudad lo engullía todo y expedía microfilamentos o movimientos pequeños que hacían vibrar el árbol.

En ese entonces yo sabía que aún vivía. Todo un universo estaba presente cuando se movía y todo se desplegaba allí: el sonido me mostraba todo, un paisaje, un mundo, un ser y su existencia, el vínculo de la mía con la suya propia. El lenguaje que me era ajeno se manifestaba y me revelaba la presencia misma de la significación del mundo. Durante el encierro pensaba que había muerto pero esto me rebrotaba cada día al mundo externo, me hacía viva: mi unión con la naturaleza permanecía y volvía cada día, con el inicio y el final del ocaso.

Un día lo ví. Vi al pájaro.

Parecía que se había venido a instalar definitivamente al árbol. No era uno común. Se movía particularmente, entre rápido y ágil al ritmo de sus propias vibraciones. No podía verlo de una sola vez, tenía que cerrar los ojos y concentrarme en las micro-composiciones que emanaba el sonido de sus alas. No conocía su nombre porque sé de cantos, pero no de avecillas. Lo que sí sé es que su pelaje, extraño a los que andaban cotidianamente por toda la ciudad, no era de tonos grises, marrones, amarillos o negros, su color variaba y sus visos se mimetizaban con los verdes tornasolados de las hojas del árbol. A veces azules, otras grises y violetas, variaban mucho de acuerdo con los reflejos de la luz.

También dependían de los tonos de la contaminación de las mañanas, llenas de frío y bruma y que tienen ese color pálido reactivo entre apocalíptico gris, azul cemento y negro smog.



El pájaro cambiaba su plumaje con todos estos matices, combinaba los tonos de la naturaleza y la urbe; era parte como nosotros los humanos de una dicotomía incontrolable, una especie de esencia que no se podría definir: diáfana, pura, transparente.

Ni hablar de sus ojos que estaban siempre mirando fijo al infinito. Lo más extraño del pájaro, habitante de mi árbol, compañero inseparable de nueve años, era su singular aleteo. Al alzarse de las ramas, sus revoloteos parecían ecos frente al rumor del viento.

Eran micro-vibraciones que se quedaban suspendidas un instante en mi oído y en mi voz, siempre se replicaban una tras otra, cuando se desplazaba en el mismo sentido del rumor de viento. Se confundían también con el rugido de la ciudad. Cuando lograba verlo, el sonido se mantenía, perduraba ante mi mirada y llegaba a mis oídos antes de la imagen del propio aleteo del pájaro; pues este era tan rápido que la imagen no alcanzaba a llegar a mi retina antes que su propio eco. Solo en la noche o en la madrugada, un minuto antes de que la ciudad se despertara, antes de la salida del sol, cuando empezaba a hablar con él a través de mi canto, lograba sentir al mismo tiempo su aleteo.

Una vez ahí en frente, con el rumor de las hojas siempre se desplegaban los pequeños aleteos, distinguibles de sus alas, el golpeteo de las plumas al percutir unas contra otras para desafiar la fuerza del viento. En ocasiones se alcanzaban a percibir como pequeñas olas, el impulso de las hojas entre los dedos al abrir rápidamente un libro o al desplegar un abanico moviendo la mano con gracia.

El pájaro siempre despertaba alegre en las mañanas. Era rojizo algunas veces, otras amarillo, pero siempre acompañaba su trino y cambiaba su plumaje con el batir del movimiento contra el viento. Al principio pensé que eran las mismas hojas del árbol, pero poco a poco pude ir descubriendo que eran dos en uno o eran el mismo. Logré distinguir su plumaje y sus desplazamientos pequeños por entre ramas. En medio de la oscuridad de algunas mañanas, percibí claramente el sonido de sus plumas y lo imaginaba allí también despertándose. La oscuridad muchas veces fue, mi única oportunidad para verlo e imaginarlo en su universo único, irrepetible y necesario para mi supervivencia.

II

El ornitólogo Martín Rossler escucha un golpe seco en su ventana. Confirma su predicción, la ha venido estudiando por años. En la mole de cristal donde trabaja y que ha sido construida como monumento a la ciencia, al desarrollo y al entendimiento del ser humano sobre la naturaleza, se produce el golpe seco contra el vidrio de dos aves migratorias o paseriformes, poco importa, puesto han estallado en su vuelo. El monumental edificio es un vasto reflejo, un espejo donde se mira el enorme ego ciudadano. La reverberación inesperada de un futuro impredecible para las avcillas, esas pequeñas extensiones animadas de árbol que se elonga hacia la distancia.

Hay un punto de no retorno y de inflexión en el resultado de sus estudios. Poco a poco se ha ido cansando. Medita sobre su mesa de trabajo. Aburrido de la eclosión casi diaria de aves, se da cuenta que en ese mismo edificio, donde cada mañana alegre de primavera se dedica a recolectar los datos de trinos, patas, plumas, tonalidades, miradas y aleteos; se ha venido produciendo la caída sistemática de una de sus especies favoritas. Los alados pierden el impulso del ascenso buscando planear y volar más alto, se golpean de manera inminente con los cristales del palacio creado para refugiar a los investigadores. Justo en la temporada de aves migratorias entre el despertar de la primavera y el calor fuerte del verano se choca una mayoría significativa de estas aves contra los vitrales.

Esta especie singular no produce un canto melódico y armónico a nuestros oídos, sino un sonido único en el mundo: su aleteo microscópico es su canto, su marca primigenia. Pocas personas han logrado percibirlos. La manera como diferentes ornitólogos descubrieron que la bioacústica en los paseriformes no se limita a las emisiones de trinos, sino que nos comunicamos con ellos a través del eco del sonido de sus alas, nos presenta una de las maneras más particulares y extraordinarias para comunicarse con nosotros. Con algunos animales humanos también pueden comunicarse a través de la luz, es decir, a través de sus colores.

El científico ha descubierto un momento preciso e inmortalizado en el espacio: la frecuencia de un sonido extraño emitido por estos pájaros justo antes de chocar contra el cristal. Uno así como el de las estalactitas que penden de las cuevas y donde encontramos la sustancia de los elementos que no han muerto. Es la señal de un gesto de resistencia signo de su supervivencia.

El trino convertido en onomatopeya es la muestra infalible del cambio que el pájaro produce un segundo antes de morir. Frecuencias convertidas en milésimas de ondas también emitidas por sus alas. Es el canto producido justo antes de darse cuenta que el cristal con el que se estrellará, no es en realidad el paisaje o el cielo infinito al que se dirigía, sino el reflejo de los rayos de esa luz: la realidad virtual pura. Una especie de espejismo de lo que el ave en realidad espera encontrar en el recorrido hacia su libertad.

El sonido de ese diminuto aleteo le permitió a Martín Rossler, reconocer que el pájaro se percata de su error justo antes de colisionar con el cristal. Esa conciencia hace que cambie la dirección de su vuelo aunque no logre frenar completamente su impulso y muera inmediatamente con el impacto.

Al documentar esto a través de sus paseos en las mañanas, el científico logró salir de sus actividades burocráticas y dispendiosas para pasar a unas mucho más útiles. Fue así como propuso el diseño y construyó un túnel de vuelo para diferentes tipos de pájaros, avisen o no su muerte, con esta particular señal. Con especial entusiasmo, luego de patentar el estudio del sonido de los aleteos, prosiguió con la fabricación de este singular túnel: una pequeña edificación, una especie de casa horizontal alargada que permite sobrevolar por unos minutos largos una vez son liberados para llegar frente a una ventana y frente a ella identificar los reflejos del ambiente, los paisajes o el firmamento, gracias a una serie de múltiples formas proyectadas en las ventanas. Las señales en los cristales con figuras geométricas, formas con advertencias que les permiten percibir la diferencia con los firmamentos reales.

La solución parece contundente, firme y verdadera. Esas formas en la ventana le permitirán al ave identificar el obstáculo y emprender un vuelo vertical para encontrar el firmamento y alzarse hacia el triunfo.



Pero pronto, el abnegado investigador se da cuenta que aunque las líneas proyectadas en los cristales sean descubiertas por los paseriformes, no alcanzan a frenar oportunamente ante la velocidad de sus aleteos. Los pájaros se resisten a sus experimentaciones y mueren igualmente ante la contundencia del vidrio. El ornitólogo se siente frustrado e impotente. Sus paseos por los alrededores del edificio se empañan aún más ante los avances del antropoceno a pesar de la potente fuerza de la naturaleza.

Aunque existe aún una leve esperanza a lo lejos del mar. El pequeño murmullo producido por el pájaro puede ayudarlo a identificar su fatídico destino, el eco del sonido producido en el mismo edificio y los diseños geométricos sobre los espejos permitirán a las aves reconocer el peligro de los cristales antes de estrellarse. Rosler instala unos pequeños parlantes con micro composiciones en el jardín del edificio. Quienes caminan por allí apenas los escuchan, pero los alados los distinguen a la distancia, se previenen y una vez más reconocen las formas frente al vidrio retroceden triunfantes. La realidad virtual que ha sido creada por el propio cristal será superada y prevista por el propio Rossler. Sus aves indistintas alcanzarán el éxito del paisaje infinito.



Inauguración Horizontes refractados. 13 de marzo. Archivo de Bogotá. Foto:

III

Todo empezó una tarde como cualquier otra. Estaba acostada en el borde de la cama, entredormida, luego de mi habitual café de la tarde. Cuando me estaba sumergiendo en una especie de parasomnia, sonó el estruendo. Un golpe seco, basto, como de mazo que quiebra el ladrillo en las canteras. Venía de la parte superior del apartamento. Al asomarme a la ventana sentí un estremecimiento. Vi que el árbol se estaba tambaleando. Fue la señal. Esa que tantas veces pasamos desapercibida e ignoramos, pero que fehaciente y verdadera nos ataca como ardor en el centro del estómago. El miedo: el presentimiento de la muerte.

Me asomé rápidamente a la calle. Un grupo de vecinos indiferentes asistieron al espectáculo que allí se presentaba. Un camión, uno de mediana estatura como aquellos que van por toda la ciudad queriendo imponer su paso fulminante, había estrellado la punta superior de su furgón contra el tronco firme y majestuoso del hermoso árbol.

El pájaro no se asomaba por ningún lado. No veía ni su aleteo multicolor, ni las composiciones microscópicas de sus chillidos. Imagino que había volado a alguna rama amiga, pero temí que se hubiera caído, como yo, entredormido. La algarabía no se hizo esperar. El conductor se había bajado enfurecido vociferando palabras de todos los timbres, matices y colores. Buscaba al responsable directo de su genuino error.

¿Quién era el dueño del árbol? ¿Quién había osado instalarlo allí? ¿Quién había permitido que se expandiera, que creciera hacia los lados y hacia arriba?

El extremo superior del furgón se había estrellado contra una de sus ramas gruesas. Mi acacia simplemente había hecho lo suyo: se había sostenido protegiendo su interior con todas sus fuerzas. Un hueco, no muy profundo, pero notorio provocaba el efecto de un gran daño; la furia del camionero era más notoria cuando nadie podía decirle quién le iba a responder por el daño que él mismo había causado.

Me pregunté rápidamente por qué culpamos a los demás de lo que nos es propio.

Aunque las ramas de mi árbol habían buscado cómo crecer hacia el cielo, hacía rato que se habían extendido hacia los lados buscando una salida a la enredadera que se estaba provocando por la cantidad de cables de energía que se extendían por toda la calle.

Como el árbol estaba justo en frente en la misma acera de la puerta de mi edificio, el señor energúmeno dirigió rápidamente su mirada hacia mi ventana, sacó enseguida su repertorio de histerias desmedidas producidas por sentimientos de rabia y desahogo y emitió la sentencia sin pensarlo dos veces, sin pasarla o tamizarla por el cerebro: El árbol debía ser talado.

Me alegó, entre otras cosas, la existencia del árbol sobre la acera, su derecho a estar allí. Vociferaba sin parar, argucias emanadas por su boca: por qué está ahí, por qué está invadiendo la calle, mi paso sin tregua por las avenidas, quién lo había sembrado, en qué época y por qué ha

crecido tanto sin haber sido talado o al menos podado. El árbol, apenas podía mantenerse en pie. Seguía meciéndose, tal vez, por los nervios, tal vez solo por el viento.

De repente, todos me señalaron. Acusaban sin parar, decían entre otras cosas, que siempre me había opuesto a la tala de ese árbol. La época que evocaban era en la que aún no estaba sola. Mi compañera y los residentes del apartamento de arriba se habían unido un par de veces a la protesta, cuando la compañía ambiental de la ciudad lo había querido arrancar de su raíz y de su casa. Nunca plantearon otra solución posible para su convivencia al lado de los humanos. Buscaron siempre desaparecerlo completamente.

Le contesté que no era dueña de los árboles de la ciudad y que la acera no me pertenecía. Mi árbol era mi árbol, eso era para mí una certeza. Pero aunque fuera una especie de compañero eterno, no era su dueña: él no era ni propiedad mía ni de nadie. Su existencia era plena y absolutamente independiente. No podíamos talarlo y yo no podía hacerme cargo de los daños que otros le causarían.

El conductor energúmeno y temerario contestó rápidamente que era su víctima. Como si el ser, desde su quietud y su imponente sabiduría e infinita en esa acera hubiera atacado al camión premeditadamente. Algo nos pasa en esta época. No podemos ver nuestro paso por la naturaleza, entendernos como parte de la brecha, del distanciamiento que hemos generado con ella; asumir, así nos cueste, que hemos sido nosotros los invasores inclementes del espacio en ella. Pasamos a ser, antes inflexibles de plomo, de cartón rígido, como si ese cartón no estuviera hecho de corteza, de tronco y de pájaro extendido. Los vecinos se sumaron a los gritos del trashumante. Decían haberlo advertido desde hace mucho tiempo cuando el árbol se extendió imponente. Las bifurcaciones de la acacia habían tomado su rumbo orgánico. Me aterraba que no reconocieran al árbol como a uno de ellos mismos: otro vecino.

Me percaté de que el pájaro no se asomaba por ningún lado, quería que con sus sonidos o su espeso plumaje lograra impresionar a aquellos desaforados. Tal vez podría conmover a los manifestantes energúmenos, mostrarles el significado de tener una casa, de apropiarse del mundo, de ser la extensión de otro universo. Tenía la ilusión de que en algún momento viniera y alardeara con sus chasquidos extraños. Pensé en algún momento que si lo percibían lograrían comprender que allí el árbol no vivía en vano. Producía vida. Era habitación, refugio, cobijo de otra, tan parecida a la humana. El árbol era al pájaro como nuestra casa a nosotros mismos y nuestro cuerpo la cueva, el territorio de un espíritu vago por el mundo.

Los vecinos empezaron a llamar a los entes competentes para que vinieran a talarlo. Atentaba, según ellos, la seguridad del vecindario. De repente, un corrientazo me subió desde la punta de los pies hasta la punta del estómago y se instaló allí durante los siguientes días.

¿Qué podría hacer para evitar semejante infamia? Era inminente que mi árbol, el vecino de mi propio refugio, el habitante por años de mi propia casa y espectador constante de penas, idealizaciones y creaciones de mi propia existencia, desaparecería para siempre de mi vista, y con él, también el pájaro. No dejaba de pensar qué iba a pasar también con él. Cuál iba a ser su destino, ¿encontraría otro árbol de grandes ramificaciones y moradas hojas como su plumaje?

El árbol seguía temblando. Sabía de la presencia de un rumor cercano, su existencia era molesta, seguramente esto llegaba a perturbarlo. El camionero, orgulloso de su labor en esta tierra se fue convencido de que había logrado su cometido. Se haría justicia con su pedazo de lata hundida en el lomo trasero de su leve existencia. Los vecinos leñadores se alejaron con esa pequeña sonrisa irónica del triunfo de los tiranos en pequeñas batallas.

Subí nuevamente a mi apartamento, me senté de medio lado hacia la ventana, cerca estaba ese ramaje precioso que se desprendía de cada tallo. Con el ánimo completamente perturbado empecé a escucharlo: el viento percutía sobre sus hojas, oía el aleteo de las diminutas frondas hasta que formaban sus alas y de repente sentí que algo me otaba. Era el pájaro. No sabría decir desde hace cuanto me estaba detallando, si acababa de llegar o se había percatado de todo lo sucedido. Estaba perfectamente camuflado. Sus alas ya no eran azuladas sino ozanas, aceitunadas opacas y frondosas. Sus ojos fijos e inexpugnables me revelaron el futuro.

Sabía lo que venía, había empezado a buscar otro refugio y sus alas ya no sonaban.



Horizontes refractados.
Fotografía tomada en la exposición.

IV

La sala se extiende a lo largo y ancho del espacio con un halo de misterio. Se pierde toda referencia. Se vuelve un espacio en la nada, sin ubicación, sin nombre, sin luz.

Empiezo a titubear, a dudar, a tener miedo. ¿Por qué he venido hasta aquí si ninguna otra compañía tiene sentido además de la de mi gran árbol? En el espacio negro, obnubilado como espora, me siento como animal indefenso en el mundo. Mis pupilas poco a poco se empiezan a abrir. Mis reflejos identifican claramente ese sonido. Volver la mirada atrás es el recuerdo. Ahora con la penumbra en la cara, mi tímpano se convierte en la manera de identificar el fragmento vivido. Avanzo en tinieblas, solo adelanto mis manos para no tropezar con nada. Aparece entonces, nuevamente, la presencia del pájaro. Es leve. Corta. Casi ni se entiende.

Escuchar en francés es *entendre*. En alguna época lo confundía con entender. ¿No es acaso lo mismo cuando se atiende o se percibe con el oído?

En la sala, las alas de un pájaro se entienden desde muy de cerca, si es que acaso no se ha tomado de repente todo el espacio. Pareciera ser él. Mi árbol que se transformó en pájaro. Mi pájaro-árbol. Reconozco su mirada en cada aleteo en el negro de la penumbra. Siento que desde algún lugar me está espiando.



Avanzo y me encuentro de frente con una especie de habitáculo. Es alargado y horizontal, con la forma de una pequeña casa de bosque en la que nadie viviría. Se utilizaría mejor como avistamiento de pájaros: una especie de túnel, de pasadizo. Me percató que la ligera luz al fondo de la sala, me ayuda a distinguir sus formas. No estoy muy segura de que lo lograría sin esa emanación que permite encontrarla. Las aves siguen observando desde lo profundo. Algunas se han ubicado en lo alto, otras en medio, observan desde abajo. Yo miro hacia atrás.

La última vez que ví al pájaro me observó profundamente por largo tiempo. Su mirada era pasmosa y melancólica, no del pasado sino de un avenir sin certezas, sin una casa propia que lo esperara luego de sus expediciones volátiles. Ese breve aleteo es el que queda justo antes de que alcance el vuelo. A veces no lo vemos porque a los pájaros extraños es difícil verlos realmente. Entonces, los imaginamos y nos conformamos con distinguir sus sonidos. El fabuloso mecanismo del recuerdo, me permite volver a través de este y de las percepciones en esta exposición.

Si el pájaro emite ondas con el aleteo de sus alas es porque el sonido es un rasgar pequeño y meticuloso del aire. Imagino que percute el viento pero no es tan fuerte, es más como un soplo. Sin embargo, sabemos que no es un abanico, una comadreja en el pasto o la simple fuerza del viento en la noche. ¿Por qué sus ondas llegan hasta nosotros? Porque los aleteos son simples ondas que emana el movimiento, el mismo que me indica que aún hay vida. En el aleteo están ya las ondas, los recorridos, las marcas por donde se ha pasado.

Tenemos que escuchar lo que dicen los objetos para saber que aún estamos viviendo.

Sigo avanzando por la casa alargada, llego hasta el centro, al fondo una pantalla no se ha activado. Alguien habla ¿el aleteo de los humanos es el habla? Al fondo una voz que voy distinguiendo, se confunde con los diminutos sonidos. Imaginemos que cada milímetro de la micro-composición fueran gotas que se pudieran detener en el aire por más que segundos, que cada aleteo produjera una y pudiéramos beber de ellas. Imagino que esas gotas son de mi árbol, que no ha muerto, que el pájaro sigue en sus ramas, alimentándose y nutriéndome con ellas. Al final es lo que hacen los árboles.

Entre el sonido de la luz del fondo y el puente que me lleva hacia ella, vuelvo a *entender* a mi pájaro. Es su mismo sonido y está aquí y ahora en esta sala profundamente oscura. Alguien grabó sus aleteos para hacerlos inmortales. Para que vuelva a escuchar el pájaro, su vuelo, mi árbol. Lo único que queda de él: el sonido de cuando se echó a volar.

V

El pájaro estaba sentado en la punta de una rama, la más alta, la que había sobrepasado los cables y crecido hasta el cielo. Inerte. Muchas veces sentí que nadie más lo veía, que nadie podía reconocerlo y nadie lo escuchaba. Aleteaba corto como todas las mañanas, los tonos de su plumaje seguían oscureciéndose. Esa tarde, había llegado cansada, luego de la grabación de la nueva obra. Abrí la reja mirando a cada lado, desconfiada pero desprevenida como solía hacerlo en esa calle. Al girar vi el aviso sobre su tronco. La sentencia reposaba sobre su propio cuerpo con letras negras con fondo amarillo.

AVISO DE TALA

Este árbol será removido
por la seguridad de los transeúntes
y habitantes del sector.

Un nuevo corrientazo subió desde la punta de los pies hasta la punta del estómago y se instaló allí los siguientes días. Mi acacia desaparecería.

Alcé la mirada y desde la punta más alta, el pájaro me miraba mientras microaleteaba.

Comía. Nunca supe si era omnívoro o herbívoro. Rumiaba algo e iba de hoja en hoja, de rama en rama, también desprevenido. Habitaba su casa, la recorría con paciencia y se sentía en ella como el refugio más caliente, justo como logré sentirme en la mía, una vez llegué al sofá arropada con la manta sobre mis piernas, al lado de la ventana.

Desde allí me puse a detallarlo. Sabía que lo miraba. A veces, se quedaba como petrificado esperando mis movimientos, pero pronto se dio cuenta que jamás le haría daño, solo nos observábamos el uno al otro con una distancia reservada y prudente tratando de entender la dimensión de quien estaba en frente.

El aire era turbio, empezó a anochecer. Se sentía la rudeza de la ciudad. El plumaje del ave se alzó hacia el firmamento, sus tonos azulados y amarillos que eran los que desprendía mi árbol se tornaron al violeta páramo, al gris nublado, al verde tormenta antes del relámpago. No supe qué le molestó. Me imagino que se estaba preparando para partir definitivamente. Me pregunté también si mi árbol sabría de su destino.

Apareció de súbito un escalofrío. No iba poder vivir sin su presencia, no podría aguantar un abandono más. Aunque mi resignación ya era reprochable. Todos los que podrían apoyarme el día de la tala se habían ido: los vecinos intelectuales del piso de arriba, mi compañera permanente, hasta los indiferentes que alguna vez nos apoyaron con su presencia, ya no saldrían a gritar a los funcionarios con sus grandes máquinas. El frío del abandono se tomó el vacío. La soledad suele llegar en tardes inesperadas o con los rumores de la tarde.

Mi árbol se está despidiendo, se mece levemente de un lado al otro. El pájaro sigue dando pequeños saltos intentando volar más lejos, está cada vez más pardo. Lo contemplo nuevamente y me responde. Sabe que es la última mirada antes de que caiga dormida.

VI

Entro a la casita horizontal más alargada de lo convencional. Por fin entiendo. Luego del aciago final de mi árbol, lo que le puede pasar al pájaro. El habitáculo, largo y estrecho: una especie de caja en tubo para que los pájaros puedan alzar su vuelo, se presenta como un gran ejemplo disgregado de los experimentos del científico. La simulación en el video les permitiría presuntamente reconocer formas geométricas en el vidrio que acabará con su vida. Al fondo un paisaje, un bosque, un cielo, el infinito del vuelo. Presuntamente el experimento del científico se presenta como una posibilidad para que las aves no choquen con grandes rascacielos. Una especie de promesa para quienes pretendemos que otras especies entiendan y sobrevivan a nuestra invasión. Se suelta el ave, a través de una manga de tela para que alcen el vuelo y se sientan por fin libres. Una vez sumergidos en el espacio, empiezan a buscar diferentes direcciones, pero siempre hacia adelante porque los pájaros no retroceden, siempre avanzan en búsqueda del futuro.



Al fondo suena un poema. Una vez dentro de esa caja, el pájaro en su vuelo percibe lo que podría ser el horizonte, el bosque, las nubes, el cielo despejado aparecen frente a su firme intención de escapar. La luz es el símbolo de su libertad y la migración será posible. Si mi pájaro se volvió experimento, luego de haber vagado sin rumbo en búsqueda de otro árbol, seguramente encontrará una manera de ser liberado.

Penetro en el habitáculo. Al fondo, las proyecciones simuladoras del paisaje presentan un paisaje ideal, idealizado, nubes blancas, cielos azules, como uno de los mejores días de primavera. Bosques frondosos y espesos, los espejos prometen un paraíso perdido entre las ciudades para sus aleteos microscópicos. En los cristales se proyectan rayas atravesadas, figuras geométricas alertando el diseño de la muerte. Mi pájaro frente al peligro. Mi árbol y su árbol ya han muerto. Nos han quitado el paisaje, nuestra relación vital y esencial con el medio natural. Es inminente que puede estrellarse contra las alturas y los reflejos de los cristales. Dentro de ese túnel, ¿podrá distinguirlas con suficiente tiempo para evitar estrellarse y desviar su vuelo de la dirección que anhela? ¿La realidad, es entonces, sólo un reflejo para ese pájaro?



Al continuar su vuelo y como si el experimento surtiera efecto, reconoce de repente el reflejo de la ventana, a través de las figuras geométricas proyectadas sobre ellas. Sabe que no es el árbol, no es el cielo, no es el azul infinito que anhela para seguir su paso y su pequeño aleteo.

Un momento le permite parar, escuchar, evitar el desastre.

Al fondo sigue sonando un poema.

Un artista explica su interés por la composición sonora: un día encontró vacío el espacio que por años habían llenado los árboles del frente de su vivienda; los habían talado. Comprendió de repente que el sonido envolvía su pasado y lo constituía todo. El silencio que los árboles habían dejado, la desaparición de los trinos de sus pájaros, fue la manifestación de una verdad secreta u oculta, una epifanía se reveló ante su presente. Había entendido de repente que el espacio de comunicación entre él y el mundo eran esos sonidos: el espacio lo llenaba una especie de éter: vibraciones, rumores, gorjeos, aleteos, pisadas y picoteos. Cada ave en cada rama formaba un universo que se había hecho común y parte de su vida, cada gorjeo daba el sentido a sus días. Pero al desaparecer esta sincronía y esta presencia, se había despejado el rumor inaguantable de la ciudad, su bramido permanente.

La nostalgia por esas señales sonoras que marcan el ambiente despertó el interés que marcaría su vida. No sabía en ese entonces de bioacústica, pero aquello le reveló el lenguaje de las aves, la oscilación que producen las ondas en la naturaleza, el comportamiento de los otros seres, de lo vivo. Entendió que la simple acción de talar un árbol, de construir un edificio con cristales altos, de instalar grandes avenidas o de desviar el cauce de un río afecta el recorrido del cosmos. Y se altera todo profundamente. Hasta nuestra manera de entender lo que habita alrededor, la percepción de nuestros paisajes sonoros cada día.

Perdemos, de un tajo, la posibilidad del canto, el rumor de las hojas, el viento que sólo sabemos presente cuando golpea contra una leve rama.

Escucho todo esto con otra especie de vibración en el cuerpo, un escalofrío interior. Alguien, por fin, entiende eso que me ha pasado y siente mi experiencia. Puede distinguir y vibrar con lo que he vivido, lo que precisamente he perdido. La posibilidad de sentir la acacia y su pájaro, su presencia, su contemplación y compañía.

Continúo caminando y percibiendo los micro-aleteos.

Allí está presente. Mi árbol se volvió ese pájaro. Lo escucho. Me imagino y visualizo su presencia con tan sólo las pequeñas ondas sonoras alrededor. Tal vez ha sobrevivido, en otro árbol, en otra ciudad, donde ya instalaron las formas geométricas en los cristales.

Por ahí anda el pájaro persiguiéndome. Paseo por la sala. Su corto aleteo da una señal de vuelta, una microcomposición indica y anuncia por un momento su detención ante la virtualidad de la naturaleza. Me detengo, observo que tan solo nos podemos percibir de lejos, por los susurros de la respiración detrás del tapabocas.

Sigue su vuelo esperanzado por encontrar una salida, continúa su travesía, tal vez se estrella irremediamente con esa virtualidad; tal vez reconoce las formas, los reflejos de la realidad

virtual y la metáfora del pájaro que encarna la libertad y abre su vista al mundo que se hace posible. Me voy de allí imaginando mi pájaro. Lo he encontrado finalmente. Sobrevive en este pequeño habitáculo. Es árbol y es pájaro. Ahora, es recuerdo permanente hecho obra. Mío y del artista.

VII

Justo en esa cera, en el espacio que ocupaba su tronco y que ya no está, borraron todo signo de su antigua presencia. La muerte, inevitable, es especialmente dura por el vacío que deja el cuerpo. La presencia tan común en nuestros días cotidianos se vuelve ausencia.

La carne, la forma, se desvanece y se vuelve aire. *“Pero la verdadera vida es física, y lo que la muerte se lleva es un cuerpo y un rostro irrepetibles: el alma que es el cuerpo”*, dice Piedad Bonet.

La carne, el tacto, la sustancia, la presencia, así sea en silencio, es lo que extrañamos.

En esos días especialmente dedicados al abandono, al confinamiento y el aislamiento. El árbol: mi acacia, y su pájaro también desaparecieron.

Solo quedaron sus sombras y sus pequeños micro-aleteos. Mi ocupación es entonces, desde ahora, comprender el vacío reflejado en algún pájaro, en algún momento. Anhelar volver a verlo, como aquel científico, entre el ramaje de mi árbol; tal vez por ejemplo, en los de esa exposición hecha obra: pequeños aleteos, pequeñas micro-composiciones del árbol que se convirtió en ese pájaro. Detenerme en pequeños instantes al recorrer la ciudad, escuchar atentamente para saber si se presenta.

Atender. Asistir a exposiciones.

Sentir por un momento en ellas que ha sobrevivido y ha volado alto.